

Capítulo 8

Introducción a las teorías políticas de la actualidad*

KLAUS VON BEYME

SUMARIO: I. Definiciones. II. Metateorías y su influencia en la formación de teoría en la ciencia política. III. Estadios del desarrollo de la teoría política. IV. Geografía del cambio de paradigma. V. Teorías y métodos: niveles de los análisis teóricos. VI. Bibliografía.

I. DEFINICIONES

Por teoría debe entenderse una proposición generalizadora que sostiene que dos o más cosas, actividades o acontecimientos se modifican mutuamente bajo determinadas condiciones. Una teoría contiene tres elementos:

- 1) Un sistema de afirmaciones relacionadas sobre un determinado ámbito de la realidad política.

* El texto de este capítulo fue tomado de: Beyme, Klaus von, *Die politischen Theorien der Gegenwart* (“Las teorías políticas de la actualidad”), 8a. ed. aumentada, Múnich, Westdeutscher Verlag, 2000, pp. 11-37, *Einleitung* (“Introducción”). Agradecemos al autor y a la compañía editora su amable autorización para traducir y publicar este texto.

- 2) Datos sobre las condiciones bajo las cuales estas afirmaciones son válidas.
- 3) La posibilidad de construir hipótesis sobre futuros acontecimientos o cambios. Esta función de pronóstico político de la teoría no tiene nada en común con la profecía histórica de las teorías histórico-dialécticas. De las teorías empíricas se desprenden siempre solamente oraciones *si-entonces*, que proporcionan exactamente las condiciones bajo las cuales un determinado cambio puede ocurrir, mientras que las profecías históricas son dadas sin condición.

Una teoría que es confirmada muchas veces es denominada frecuentemente *ley*. Una teoría que necesita más pruebas de comprobación es denominada frecuentemente sólo *hipótesis*. El racionalismo crítico no conoce sin embargo teorías confirmadas. Cada teoría está abierta a la falsación también después de cientos de confirmaciones. Existe en realidad sólo falsación, el empleo laxo del término en oraciones como “la teoría X fue verificada por el estudio Y” para los neopositivistas no tiene sentido lógico.

La teoría política contiene como cada teoría los tres elementos fundamentales, sin embargo no hay que equiparar la posibilidad de construcción de teoría en la Ciencia Política con otras ciencias. También las teorías de las ciencias sociales individuales —que originalmente se han diferenciado de una teoría filosófica de la sociedad— prefieren diferentes niveles de abstracción, entre los que se pueden diferenciar tres:

- 1) Generalizaciones individuales, que constituyen la mayoría de los estudios en Ciencia Política.
- 2) Teorías parciales (por ejemplo, sobre abstencionistas o volatilidad del voto).
- 3) Teorías generales (*general theory*) sobre el sistema político completo. En sí mismo un concepto como el de “Sistema político” es, sin embargo, comparado con el concepto de “Sistema social” de la sociología, todavía relativamente menos complejo. La experiencia de que la Ciencia Política trabajaba con conceptos relativamente menos complejos ha llevado a algunos teóricos de las ciencias sociales a afirmar que la Ciencia Política sería una “ciencia atórica”. Por ello, Parsons y Edward Shils (1954: 28 y ss.), también en la comparación entre teoría de la economía y teoría política de la economía, han reconocido un significado de rango teórico alto, porque en

ellas serían considerados un alto número de componentes y la situación sería adecuada para una teoría general de la acción.

A pesar de estas dificultades en el ámbito de la formación de teoría no tenemos ningún motivo para envidiar a las ciencias económicas, porque sus construcciones modélicas abstractas están bajo crítica desde distintos lados. Precisamente la creciente entrada de muchos politólogos resultante del problema mismo, incluyendo entre ellos a los que no pertenecen a los seguidores de la política como filosofía práctica, posibilitará de forma más fácil la justificación de la pregunta sobre la relevancia de las teorías críticas. En un esfuerzo por una economía política enfocada a la práctica, ambas ciencias están hoy frente al mismo problema.

En un panorama sobre los enfoques teóricos debemos protegernos por ello frente a la arrogancia por la comprobación de los métodos de los trabajos politológicos individuales. Aunque casi todas las introducciones a la teoría de las diferentes ciencias sociales enfatizan que habría teorías con distinto grado de abstracción, y no raramente incluso es utilizada la *Contradictio in adjecto* “teorías descriptivas”, es recurrente muy frecuentemente la polémica sobre el medio para convenir el carácter de teoría a un concepto.

Frecuentemente se trabaja con el reproche “Parateoría”, o bien un sistema de afirmaciones denominado como teoría en el entendimiento propio de su autor es visto sólo como un “esquema analítico” (Narr y Naschold, 1971, Bd. 3: 212). Medido en esas pretensiones rigurosas, se deja descubrir la mayoría de todas las así llamadas teorías como meros esquemas analíticos, porque ellas por lo general no salen de la antesala de la construcción de hipótesis. Con ello, sin embargo, no serían descartados del concepto de teoría sólo pensamientos complejos de bajo nivel de abstracción, sino precisamente las teorías generales de alto grado de abstracción. Se reconoce mayoritariamente que, por ejemplo, la teoría de sistemas de Parson también entrega sólo el “marco” para la construcción de hipótesis empírico analíticas, y no obstante nadie le negaría el carácter de teoría.

El crítico teórico menos riguroso podría hacer la inmanente concordancia de una representación del pensamiento como medida para una teoría. Con ello, sin embargo, serían medidas investigaciones empíricas muy conscientes del método sobre un alto nivel de reflexión y en todo caso estarían contenidos elementos teóricos individuales, sin que de ese veredicto pudiera disminuirse su rendimiento científico. La fertilidad de

muchos estudios fue frecuentemente más grande que su exactitud metódica y su consistencia teórica. La corrección formal metódica es entonces también exigida principalmente por los críticos, que, sin embargo, en sus propios trabajos —por las razones descritas— también sólo pueden mantenerla parcialmente.

La teoría política sufre hasta hoy de que no alcanza el mismo grado de autonomía frente a las ciencias vecinas, como la teoría en otras disciplinas. Al principio ella era la “criada de la teología”; más tarde, una parte de la filosofía. Con las teorías evolucionistas del siglo XIX la teoría política se convirtió muchas veces en el remolque de las grandes teorías sociológicas. Algunos enfoques, que salieron del primado de la economía, como una parte del neomarxismo o la nueva economía política de proveniencia liberal después de la Segunda Guerra Mundial, se orientaron a las teorías económicas. Esto era sin embargo para otro ejemplo inalcanzado de exactitud empírica, aunque el platonismo modélico de la economía continuó siendo atacado por los racionalistas críticos (Albert, 1967: 331 y ss.). En el *behavioralismo* temprano dominaron las teorías psicológicas. En el movimiento del *Rational Choice* la economía se convirtió otra vez —frecuentemente de manera no explícita— en el modelo de la formación de teoría.

La influencia de las disciplinas vecinas fue más o menos fuerte según la altura del enfoque. La sociología dominó en las teorías macro, la psicología en el ámbito micro. En el nivel medio, sobre el que se mueve preponderantemente la Ciencia Política, las influencias por el contrario no fueron tan similares. En las teorías de mediano alcance vinieron los impulsos de las ciencias vecinas en diferentes dosis, de acuerdo a si el individuo votante, la organización del partido y el grupo de interés o la formación de las elites políticas estaban en el banquillo de prueba.

II. METATEORÍAS Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACIÓN DE TEORÍA EN LA CIENCIA POLÍTICA

La muy criticada “Triada de Narr” que divide las teorías políticas en el metanivel en teorías normativas, analítico empíricas y crítico dialécticas, fue el producto de una estrategia de defensa del *mainstream* empírico de una Ciencia Política después de la Segunda Guerra Mundial, que intentó quitar la imagen de una historia normativa de las ideas. Las teorías norma-

tivas fueron templadas muchas veces después de 1945 en el nuevo derecho natural y buscaban respuestas a la pregunta sobre cómo habían sido posibles los sistemas inhumanos del totalitarismo. La respuesta era simplificada: el positivismo superficial y el relativismo fueron cómplices de disminuir la inmunidad teórica contra las religiones políticas del siglo XX. La pregunta por la vida de buenas virtudes de los ciudadanos en un orden referido sobre consenso y ética debió ser impulsada de nuevo en el centro de la Ciencia Política. Los científicos empírico analíticos no han condenado de manera general en su mayoría estos esfuerzos. Pero dicha pregunta valió como tarea de la filosofía política. La filosofía se ha cientificado a sí misma en la época de la dominancia de la filosofía del lenguaje y ha entregado el trabajo en modelos de sociedad normativos más bien al guión científico. No es por ello ninguna casualidad que los nuevos enfoques de teorías normativas hayan sido desarrollados tanto en departamentos filosóficos como también politológicos. Esta interdisciplinariedad no acarreó todavía a los empíricos una mala reputación. La parte con conciencia metódica del *behavioralismo* se definió a sí misma como “sociología política” y fue asimismo representada en dos departamentos. Un análisis de reputación (Klingemann y Falter, 1997) demostró recientemente, que la mayoría de los politólogos interrogados subsumieron bajo esta denominación a los líderes behavioralistas. Claus Offe fue la única mención que no corresponde a este cuadro normativo. Pero no es suficiente para el *mainstream* agruparse bajo determinada denominación de “sociología política” y esporádicamente incluso encapsularse. Para la mayoría de los politólogos que no pudieron reclamar o reivindicar la denominación honorífica “sociología política” debió ser construida una línea de defensa más contra las ideologías políticas, y los que como “empíricos” valían sólo en sentido amplio y vago del término pudieron ser nombrados como histórico descriptivo empíricos. Lo más fácil en que esto se puede lograr es a través de la división en tres partes. Las teorías normativas mostraron una vinculación con lo “premoderno”. Las teorías crítico dialécticas fueron en muchos sentidos similares con una orientación normativo histórico teórica; sólo el contenido político de sus teorías pareció asentado más bien en el espectro izquierdo de la política.

Ellas carecieron de fundamento ontológico a través de teorías premodernas como con los normativistas. Estaban, al contrario de las “modernas tempranas”, fuertemente vinculadas con las que los fundamentos normativos habían “historificado” de manera evolucionista. La “buena *Politie*” no se alcanzaba más a través de recurrir de manera conciliada a la

antigua Polis. Esta “buena sociedad” estaba vinculada irrevocablemente a una formación social naufragada. Al contrario que los normativistas de derecha, los normativistas crítico dialécticos de izquierda no desconocieron que la buena sociedad de la Antigüedad era buena sólo para el pequeño número de ciudadanos completos. Y para ellos mismos tenía desventajas, como demostraron no sin ganas los liberales desde Constant.

La “libertad para” no acompañó a la “libertad de”, que pudo proteger a los ciudadanos frente a la arbitrariedad del Estado en sus decisiones unánimes o mayoritarias. Los elementos de una buena sociedad fueron colocados más bien antes de la antigua sociedad de la esclavitud y por los dogmáticos incluso en un supuesto comunismo primitivo.

Los exponentes de las teorías críticas relevantes para la Ciencia Política tuvieron sin embargo que dejar detrás de sí el verbalismo periódico de los marxistas. Ellos compartieron con los marxistas en su mayoría todavía la idea de que la buena sociedad sería producida recién en el futuro. El camino para allá se diferencia desde luego fundamentalmente: ninguna vanguardia justificaba producir artificialmente a través de la revolución y la fuerza la supuesta buena sociedad socialista. Ilustración, discurso y consenso —todos ellos, principios que todos los ciudadanos comprendían— debieron entrar en el lugar de la política representativa revolucionaria. La triada de las metateorías que el *mainstream* empírico construyó, dividió, sin embargo, a los dialécticos de las diferentes escuelas no siempre de manera pulcra. La triada tenía de todos modos su justificación sólo en el ámbito de habla alemana. El pragmatismo norteamericano llevó ya temprano un componente normativo en la Ciencia Política. En olas se intentó reducir la brecha entre ideales e instituciones de la política norteamericana (Huntington, 1981: 39 y ss.) no sólo a través de un nuevo ímpetu moral. También la Ciencia Política después de años de ascetismo normativo dirigió de nuevo su atención a propósitos normativos, que Sabine (1969: 12) después de análisis fácticos y pronósticos siempre sostuvo como una parte de la teoría política. El *Progressive Movement* promovió la puesta normativa en la teoría desde la Escuela de Chicago. Después de la Segunda Guerra Mundial, el *Caucus-movement* introdujo dentro de la Asociación Americana de Ciencia Política el impulso del *movimiento estudiantil* otra vez en la teoría preguntas normativas.

Hasta la Segunda Guerra Mundial no hubo tampoco en Estados Unidos ningún conflicto entre la Ciencia Política y la historia de las ideas políticas. La mayoría de los científicos enseñaron o profesaron ambas. Carl Joachim Friedrich era quizás el más conocido historiador de la po-

lítica de la Antigüedad. En los años treinta fueron muchos inmigrantes a Estados Unidos y problematizaron la relación de la Ciencia Política y la filosofía política. Mientras Charles Merriam o Harold Lasswell eran los pioneros de una teoría empírica de la política, algunos emigrantes como Leo Strauss, emprendieron acciones simbólicas bajo intelectuales distanciados, que al contrario de la escuela de Merriam permanecieron lejos de la vida política y con escasa familiaridad con la sociedad; tampoco aspiraron a ninguna participación política directa, eso mismo, con un empírico como Merriam, era llamativo.

El peligro con esta concepción intelectual de la teoría política por encima de la sociedad real era que ella amenazaba con emigrar en el “semimundo” (Gunell 1986: 8) y terminar entre filosofía y suplemento cultural o llevar a la formación de sectas.

El libro *Power and Society* (1950) de Lasswell y Kaplan fue un primer manifiesto de la filosofía científica empirista, que replanteó trazar el campo de una teoría política empírica. Las discusiones metateóricas que Lasswell originalmente había alejado, fueron construidas sobre el positivismo lógico como bien cultural caído y resultaron en una confesión para el operacionalismo y el instrumentalismo. La mera recopilación de piezas de teoría que fueron compendiadas en esta pequeña enciclopedia *Power and Society*, no estaba todavía integrada, como más tarde con Riker y Ordeshook (1973) a través de un método estricto como el enfoque de *Rational Choice*.

El behavioralismo como etiqueta —en Europa frecuentemente identificado equivocadamente con el behaviorismo del enfoque estímulo respuesta de Watson—, fue por su parte también una coalición suelta de empiristas; no fue de ninguna manera sólo de behavioralistas en el sentido de dominar una técnica de investigación. Los behavioralistas inductivos fueron pronto fortalecidos por avanzados funcionalistas deductivos de estructuras, por cierto porque el behavioralismo había escrito la teoría sobre las banderas, pero además la utilización de sus métodos no permaneció menos descriptivo que los antiguos institucionalistas e historiadores. En común permaneció de esta coalición sin embargo en absoluto también un fundamento normativo: un liberalismo adogmático y la defensa de las instituciones estadounidenses. Los normativistas inmigrados —con excepción de Hannah Arendt— permanecieron, al contrario, reservados frente al sistema institucional estadounidense. Al liberalismo lo vieron muchas veces como peligroso porque en Europa se había convertido botín del fascismo.

Sólo al final de los años sesenta se asentó en los Estados Unidos una contraparte de la distribución europea en triadas a través de la diferenciación de teorías históricas, normativas y empíricas. Con ello resultó un enriquecimiento creciente de la teoría política, también cuando las posiciones metateóricas muchas veces solamente fueron recibidas superficialmente.

Un racionalismo crítico dogmático condujo muchas veces a que la revisión empírica de teoremas se eliminara otra vez. La moderación aclarada de los rigurosos y, para la empiria, muchas veces impracticables principios de Popper, no fue frecuentemente más trabajada por los adeptos en Europa. En América por el contrario se preservó desde temprano el ímpetu de *policy* de la Ciencia Política frente al dogmatismo estéril. Los portadores de la bandera del behavioralismo como Heinz Eulau se desilusionaron del positivismo y de la filosofía que estaba detrás de él; lo habían aceptado de manera muy acrítica como “ciencia”. La historia crítica de la ciencia en el sentido de Thomas Kuhn (1976) mostró también con ejemplos empíricos que las visiones de libreto de las concepciones científicas positivistas no pudieron ser demostradas. Kuhn agudizó además la mirada sobre ello, con que 95% de la investigación a pesar de todas las creencias no se podía denominar como construcción de teoría innovadora. Él denominó “trabajos de limpieza” a los esfuerzos científicos normales, no precisamente con respeto. A pesar de todas las creencias sobre la construcción de teoría empírica y analítica desde Lasswell hasta Riker, la actividad científica en la *Political Science* no fue abordada de manera deductiva y falsificatoria. No pocas de las generalizaciones descubiertas hubieran sido directamente rechazadas por Popper con gusto como “teorías ad-hoc”. Los cazadores de datos y los teóricos permanecieron en adelante separados. El sacramento de la “operacionalización” sirvió como creación de la razón de ser positivista para reunir a los separados.

La teoría empírica en el macro nivel fue impregnada sobre todo de dos enfoques sociológicos que podrían ser personificados simplificada-mente con Max Weber y Emile Durkheim. La tradición de Max Weber se orientó en la reconstrucción histórico-tipológica de la realidad social. Trabajó con tipos ideales obtenidos *ex post facto* y no tuvo la aspiración de pronosticar desarrollos futuros (von Beyme, 1996: 44 y ss.). La otra tradición desde Durkheim fue profundamente penetrada de ideas antiguas positivistas de la escuela de Comte de un “*savoir pour prévoir*”. Se especializó en la modelación de la realidad y aisló variables dependientes

e independientes. Esta tradición tuvo —como con Downs (1957: 21)— un buen pronóstico para explicación más importante que la reproducción de la realidad social. Tal aspiración fue fuertemente menoscabada por grandes ajustes políticos como la primera rama del *mainstream*. Entre más exacto parece un enfoque de explicaciones behavioralísticas de la conducta en el socialismo hasta los modelos del mundo, más grandes fueron los errores. Y viceversa: entre más descriptivos los estudios y más fuerte permanecen como histórico narrativos, más se abstuvieron de pronósticos equivocados y son al menos en sus partes descriptivas dignos de leerse, mientras que algún modelo del mundo sólo entrará apenas como curiosidad en el “rincón de las sonrisas” de la historia de la ciencia.

III. ESTADIOS DEL DESARROLLO DE LA TEORÍA POLÍTICA

La teoría política de los últimos cincuenta años ha cambiado fuertemente:

- 1) En la Segunda Guerra Mundial se desarrolló un fuerte movimiento para *una fundación normativa de la teoría política* —como respuesta al racionalismo instrumental, que fue pervertido a través del fascismo— (Miller, 1990).
- 2) En los años cincuenta ocurrió una caída de las teorías normativas. Los enfoques metódicos *naive* histórico genéticos e institucionales que dominaron la política fueron puestos en duda por la *revuelta behavioralista*. Los behavioralistas tenían muy poco interés en preguntas sobre la macroteoría. Como reacción al fascismo vino un alejamiento de conceptos integrales (sobre todo del “Estado”) y un acercamiento a pequeñas unidades, sobre todo al individuo. La teoría de grupos en la tradición de Bentley y Truman y V. O. Key fue vinculada con el behavioralismo. Los behavioralistas estrictos permanecen sin embargo frente a una totalidad parcial, como el concepto de grupo, no menos escépticos como frente a los conceptos de los holistas. El behavioralismo se entendió originalmente como “revuelta jacobinista” en la lucha contra el legalismo y el formalismo. Sin embargo, fue estigmatizado pronto como “Thermidor” por sus enemigos de izquierda y de derecha en su apelación a la sabiduría de *sages and ages* (Goodin y Klingemann, 1996, capítulo 1).

La teoría positivista de la política se concentró en el análisis de conceptos. COCTA, un grupo de investigación de la *International Political Science Association* en los años sesenta, fue típico de esta tendencia. Laswell y Kaplan (1950) habían ya intentado en los años cincuenta limpiar la teoría política moderna de intereses y de normas. Siempre se presentaron en América revueltas normativas contra estos desarrollos. Sin embargo, permanecieron marginadas de la actividad científica, a pesar de que cerca del 10% de las cátedras de la disciplina también en los Estados Unidos permanecían dedicadas a las disciplinas marginales de “filosofía política” e “historia de las ideas políticas”.

- 3) A finales de los años sesenta hubo una reanimación de la “*grand theory*”: el conflicto entre marxismo y la teoría de sistemas funcionalista dominó la escena teórica. La euforia por la planeación y las esperanzas en la regulación cibernética vincularon a ambos antagonistas más de lo que ellos quisieron reconocer. Antes que el humo de la pólvora se hubiera dispersado y la crítica de la racionalidad posmoderna hubiera dejado al descubierto las semejanzas, cayó de nuevo en descrédito el ímpetu resultante de identidad y unidad de cada gran teoría.
- 4) En los tardíos años setenta se agotaron los grandes debates. Los adversarios comenzaron a encontrarse en un nivel medio de análisis de *policy*. Motivos empíricos y normativos se vincularon en el *mainstream* de la siempre más fuerte ciencia política. El antinormativismo dogmático quitó la idea de una posibilidad de utilización más controlada de la concepción de los objetivos normativos en el análisis político.

El encuentro de los antiguos dialécticos y de los funcionalistas, en un *análisis de política orientado a más niveles*, fue interpretado ocasionalmente como el triunfo del racionalismo crítico. Este aspecto desconoce cuánto de las teorías críticas que bajaron al nivel mesoteórico ingresó en el análisis de política. Los esquematismos de la literatura de deducción marxista, que los sistemas funcionales parciales vieron prevalecientes en la relación de base y superestructura, fueron superados. Pero el lenguaje permaneció revelador: el análisis multinivel impulsado por el Instituto Max Planck en Colonia y la Escuela de Bielefeld, y amalgamado de manera más o menos consistente, descubrió como antaño los dialécticos en todas partes incompatibilidades de lógica de la acción y códigos de dirección. Sólo de la “lógica

del capital” no se habló más. Tampoco se habló más de “contradicciones”. Las dinámicas propias de sistemas parciales se dirigieron contra la intención del creador de decisiones políticas.

El avance quedó sobre todo donde las reflexiones estructurales macro fueron retenidas en un *institucionalismo ilustrado* sobre el nivel de comprobabilidad empírica. Los pronósticos no fueron más de escenarios críticos macroteóricos oscurecidos. Pero de los “casos del entrelazamiento político”, que fueron descubiertos en todas partes, no pareció darse ningún escape, hasta la decisión del legislador, o más concretamente, hasta que con un nuevo impulso de la ronda de Maastricht fue falseado este escenario en un nivel en el que desde hace tiempo había sido lo más plausible.

Este cambio del trabajo teórico fue acompañado de una creencia decreciente en la *capacidad de dirección*. La *autopoiesis* incorporó en el modelo de discusión “teutón” con su escepticismo de dirección, el patrimonio de la literatura de deducción antigua; sólo que ella no se refirió más a la fase del capitalismo sino a cada sociedad concebible.

Debajo de este nivel de abstracción fue puesta la autorregulación de la sociedad en el lugar de la regulación global estatal. Teorías de la democracia de concordancia (Lehmbruch, Lijphart), teorías del neocorporativismo (Schmitter 1981), regulación societal (Willke, 1983), cambio político generalizado (Marin) o *private interest government* (Streeck y Schmitter) fueron las fórmulas de reconocimiento de la *nueva modestia* en relación con la capacidad de regulación de los sistemas políticos. En Europa se dio esta tendencia con el movimiento estatal para la desregulación.

En la mirada de la *autopoiesis*, la transformación de entendimientos en las decisiones políticas fue muy unilateral. Sólo pueden aplicarse las verdades para las que se encuentra una mayoría. La política no es una pura conducta formal de la decisión mayoritaria, que puede ser confrontada por la no política como movilización de influencia o de normas. Política y no política no están en la relación de sistema y medio ambiente, sino en una relación de forma y contenido, que emerge en simbiosis (Münch, 1994: 389).

Los políticos son por el contrario concebidos como portadores de papeles que actúan en el poder pero también en las relaciones de solidaridad y entendimiento. No todas las decisiones son tomadas con presión de tiempo y están sometidas al código de poder. A

través de la asesoría científica se juega el poder de definición para acortar el proceso. Los políticos —como todos los sujetos humanos portadores de un papel— deben negociar entre diferentes concepciones del mundo. Este papel de negociación es construido en el propio papel porque se confronta permanentemente con otros portadores de papeles y porque cada actor es portador de más de estos. Los actores no actúan en el sistema operativo cerrado sino entre ellos (ebd.: 397). La *autopoiesis* ha construido con el autogobierno, que contrapone una concepción jerárquica de regulación, una alternativa falsa. La regulación ya no es vista desde la cúspide en el moderno análisis de varios niveles. El entrelazamiento de la política y la no-política es un enfoque que ni favorece a las exigencias jerárquicas ni a la minusvalía autopoietica de la política. Otra vez son posibles las concepciones de una “sociedad activa”.

El *mainstream* de la teoría política, que era todavía dominada por los enfoques estadounidenses de pensamiento, tomó de este debate “teutónico” menos conocimiento. Porque los Estados Unidos no conocieron una tradición estatista, después del retroceso de la discusión sistémica pudo distribuir de manera completamente indiferente las palabras: *Bringing the State back in*. Justo los antiguos maestros del debate sistémico temprano como Easton (1981) y Almond (1990) encontraron el concepto “Estado” tan absurdo como en los tiempos de la primera pasión por el descubrimiento del sistema político. Pero en la totalidad, las teorías de un papel activo del sistema político, como en la cibernética de Deutsch o la “sociedad activa” de Etzioni, siempre tuvieron resonancia limitada, y esta fue más grande en Europa que en América.

- 5) En los años ochenta los *nuevos movimientos sociales* introdujeron un nuevo *tipo de actor* en la construcción de teoría. Al contrario de las teorías de sistemas autopoieticas, en las que cada teoría del actor encomendó como ilusión europea antigua, los teóricos de los movimientos anudaron más bien esperanzas exageradas en los nuevos actores, que su influencia sin la clásica característica de la gran organización pareció desenvolver. Otra vez se mostraron diferencias entre Europa continental y América. Mientras que los teóricos anglosajones superaron la tentación de proclamar un nuevo tipo de sociedad de movimiento (Goodin, 1992), algunas teorías europeas como la de la sociedad del riesgo (Beck, 1986) confrontaron nuevos tipos de sociedad igual con sus contravenenos y los nue-

vos modelos de subpolítica supusieron muy grandes posibilidades de efectos. El propio Habermas, que en su trabajo fundamental de 1981 había sido todavía relativamente escéptico de que los nuevos movimientos sociales como emanación del mundo de la vida pudieran limitar las tendencias de colonización del sistema (burocratización, justicialización y comercialización), valoró altamente tales posibilidades en su teoría del Estado de derecho, precisamente porque la confrontación esquemática de sistema y mundo de la vida cesó (Habermas, 1992).

Una nueva generación en la sociología del conocimiento ganó en influencia. Las ilusiones racionalistas de la escuela de Popper, que vieron la búsqueda de la verdad como la fuerza motriz fundamental en la ciencia, fueron complementadas a través del redescubrimiento de otros motivos para la construcción de hipótesis teóricas. El rol de intereses y fines normativos fue puesto otra vez en el campo de atención de la historia de la teoría (Barnes, 1982). Precisamente porque la sospecha de la ideología también frente al racionalismo crítico no se detuvo, fueron enfatizadas crecientemente las condiciones que estructuran el discurso científico (Wagner y Wittrock, 1993).

IV. GEOGRAFÍA DEL CAMBIO DE PARADIGMA

En los panoramas americanos sobre el estado de la teoría política parece haber una gran conformidad internacional del desarrollo de tendencias. El panorama representativo para la Asociación Americana de Ciencia Política de William Galston (1993) ha identificado apenas algunas contribuciones, excepto por Habermas y algunos posmodernistas franceses, aunque la dominancia en el ámbito de la filosofía de ninguna manera es tan aplastante como en la teoría empírica de la política. Hay una diversificación creciente de la teoría política en el nivel macro, mientras que en el ámbito de las teorías parciales, que para los empíricos es relevante, la homogeneidad de la formación de teoría ha aumentado. A finales de los años setenta y en los años ochenta han aparecido antiguas divergencias de las tradiciones de pensamiento nacionales también en la teoría política. La tipología semiseria de estilos intelectuales de Galtung (1983) contiene alguna evidencia en los años ochenta.

- El *estilo galo*, sobre todo desarrollado por Francia, basado en el lenguaje y arte en la teoría social, ha tomado sobre la filosofía posmoderna profunda influencia sobre la construcción de teoría política, más de lo que Galtung opinó en 1983.
- El *estilo teutón*, que en la tipología de Galtung fue todavía muchas veces relacionado con el marxismo de los países de Europa del Este, se ha movido. La teoría de sistemas autopoietica de la Escuela de Bielefeld se desarrolló como equivalente funcional de la antigua escuela neomarxista. La incompatibilidad de la lógica de los sistemas parciales funcionales era más compleja que las contradicciones antagonistas y no antagonistas entre las esferas de bases y superestructura en el marxismo. Pero su verificación sirvió similares objetivos, también cuando ella políticamente más bien se había asentado sobre el lado conservador. Se trató de la verificación de restricciones del comportamiento. Las fronteras de la lógica capitalista no limitaron en teorías fruncidas de la restricción las posibilidades de la conducta política. Fue un pesimismo alegre de regulación, que se pudo compensar muy bien con la contradicción de códigos de sistemas parciales y pudo vivir con los resultados de evolución sin regulación efectiva. La polémica fuerte de antiguos marxistas fue redimida a través de la ironía distanciada contra los “antiguos europeos”. Sobre todo las teorías de la conducta fueron puestas en ridículo, hasta que los promotores de la *autopoiesis* comenzaron a aburrirse por sus éxitos definitorios ilusorios previstos y a principios de los años noventa fueron hechas grandes concesiones a las teorías de la acción y de la regulación.
- Nunca hubo un *estilo anglosajón* unificado *de teoría*. Gran Bretaña apenas compartió el fervor para el republicanismo, que más influencia sobre el continente desarrolló que en Inglaterra. Las semejanzas de la tradición teórica anglosajona permanecieron resumidas de manera vaga en el término “pragmático”. Pero el pragmatismo en sentido estricto como una determinada filosofía permaneció en Inglaterra también de lejos más débil que en los Estados Unidos. La teoría política positiva, como fue desarrollada en América: axiomática y deductiva (Riker y Ordershook, 1973: XI), tuvo en Inglaterra sólo limitados seguidores. El triunfo del enfoque de *Rational Choice* ha comprendido hasta ahora Inglaterra sólo parcialmente.

De manera internacional se desarrolló cierta relajación de las teorías políticas frente a las últimas ideologías. En los años ochenta vino una caída de las teorías neoconservadoras en muchos países, en la medida como la erosión del pensamiento radical socialista avanzó. El neoliberalismo se convirtió ahora en el enfoque conservador dominante. Los conservadores fueron comprendidos por el pensamiento liberal económico. El mercado sustituyó también por ellos crecientemente antiguas ideas de Estado y jerarquía.

Entre más estatista el pasado de un sistema europeo, más antiestatal fue la reacción de la corriente dominante teórica en los países correspondientes. En Francia dominaron el debate teórico la Escuela de Bourdieu, junto a la corriente dominante institucional. Los focos tradicionales institucionales de la Ciencia Política fueron desplazados de la periferia de los códigos y semánticas culturales de actores en los subsistemas. En la totalidad, sin embargo, la atención posmoderna por la *political correctness* y por el *patchwork of minorities* permaneció más limitada en Europa que en América. Sólo Francia contribuyó con posiciones individuales de la teoría política del feminismo, que fue posible principalmente a través de la movilización de idearios posmodernos. En América influyó fuertemente la nueva tendencia del discurso científico. En sí misma, la ola de izquierda del “Caucus” en el tiempo del movimiento antiguerra en la Guerra de Vietnam no ocasionó ninguna movilización para los propios objetivos, como la pluralidad de las minorías, que reclamaron su parte también en los medios de investigación científica y posiciones del discurso. Mientras las teorías europeas de la política se desacreditaron entonces a los ojos de muchos teóricos americanos a través de la sobrepolitización, y el radicalismo americano contra la funcionalización a través del marxismo en su mayoría permaneció inmune, se modificó el cuadro en los años ochenta. El discurso americano en su vida de congreso con efectos en lo público parece haberse disuelto completamente en un *patchwork of minorities* mientras la Ciencia Política europea no ha revitalizado sus energías de politización en la proporción de los años setenta.

Estudios comparados sobre la Ciencia Política en los Estados Unidos y Europa llegaron a la conclusión de que la globalización de la Ciencia Política todavía no ha avanzado muy lejos, a pesar de la dominancia de las teorías y métodos americanos. Los politólogos europeos tienen en muchos países —excepto Gran Bretaña— más fácil acceso al poder y a los medios. Ellos prefieren —como los propios canadienses—, siempre todavía en su mayoría, publicar en las revistas europeas. La tendencia de

la construcción de teoría permanece marcada de manera diferente. Los estadounidenses siguen fijándose preponderantemente en el individuo. Los enfoques europeos son más diversificados. La Ciencia Política europea refleja la situación de los sistemas políticos, que presenta una mezcla de liberalismo, corporatismo, democracia de concordancia, elitismo, populismo, estatismos y socialismo (McKay, 1991: 464).

V. TEORÍAS Y MÉTODOS: NIVELES DE LOS ANÁLISIS TEÓRICOS

La teoría política actúa principalmente sin consideración a enfoques metodológicos. Se ha desarrollado una mala distribución del trabajo. Los teóricos políticos ponen muchas veces su honor en no preocuparse por la operacionalización de sus proposiciones teóricas. Los empíricos, por otra parte, han desnudado la metodología no sólo de consideraciones teóricas, sino que han reducido las preguntas por el método a técnicas de investigación. Sin embargo, teoría sin metodología permanece estéril. Sobre todo iban los autopoieticos en el blindaje contra la empiria: teóricos y empíricos no tienen nada que decirse. En todo caso ambos pueden intentar trasladar las preguntas del otro a su sistema de pensamiento. El objetivo de los discursos no es tanto la verificación como la falsación, sino sólo un discurso sobre la corrección lógica de construcciones. ¿En qué medir? ¿Unanimidad lógica? Eso apenas puede ser porque ni dos autopoieticos muestran unanimidad sobre la corrección lógica de construcciones.

Una parte de los enfoques teóricos, que en la arena de la academia luchan por influencia, tienden a mezclar o incluso a identificar teoría y método. Esto es válido sobre todo para los dos más importantes enfoques en la actualidad:

- En el macronivel la teoría de sistemas autopoietica.
- En el micronivel los enfoques de la *Rational Choice*.

Ambos enfoques tendieron en su tratamiento de la empiria a *stylized facts* (Green y Shapiro, 1994).

El extremo contrario, la estricta separación de fuerza entre teoría y doctrina del método no fue siempre fructífera. En la sociología, el balance necesario entre teoría y método en el expediente del diseño de investigación, fue de lejos más fuertemente internalizado que en la Ciencia Política.

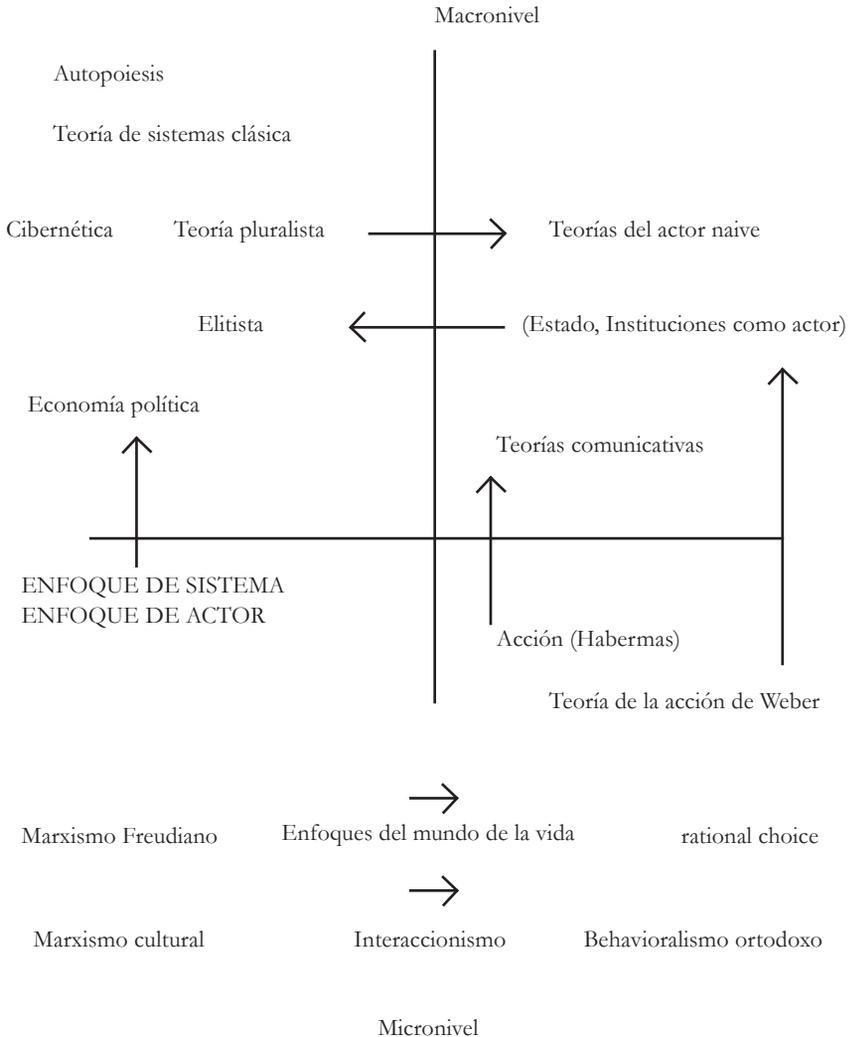
Incluso un escapismo más enfático en la teoría política, que no se puede descubrir en esta rama de la investigación como “fracaso sistemático de asignatura”, “asignatura teatral” y “mala profesionalización”, permanece apto para el diálogo, porque puede designar un punto de partida sobre el camino a la mejora de la teoría política enferma. *Misplaced concretion* y *misplaced abstraction* deberían evitarse a través de la salida de “problemas”. En dirección a la *concretion* el camino se abre, cuando están “Génesis y validez de instituciones” en vez de sólo “funciones” en el ámbito temporal de análisis (Narr, 1989: 83). La “pasión por las cosas” de Max Weber, “sensatez” y “ética de la responsabilidad” que no, como con Weber, en sí misma fue reducida a real política, debe así ser realizada en la teoría política. Un enfoque como ese quiere superar la antigua triada. Él debió al menos adecuarse al consenso en dirección del antiguo normativismo orientado a la frónesis, también cuando él ahora como antes deja indiferente a los científicos.

El historiador de la teoría política no podrá evitar naturalmente tampoco localizar una posición como tal sobre la matriz, que aterrizará probablemente en el lugar del “institucionalismo *naive*”, también cuando el concepto de Estado no debe ser colocado por los enfáticos críticos en el centro. *Naive* no es por ello de ninguna manera un significado discriminatorio. Un enfoque surgido de experiencias de problemas de la vida diaria, que no habla de constructos intelectuales, se encuentra con ello desde luego en consonancia con los positivistas, que se esfuerzan por un acceso útil de mesoteoría para la Ciencia Política.

¿Por qué es tan difícil aceptar las diferentes alturas de enfoques entre micro y macro nivel en sus correspondientes ventajas de conocimiento? El enfático puede sobre su base metodológica no obstante explicar el nivel de la economía mundial en un estudio especial para lo realmente relevante, aunque allí todavía apenas se pueden encontrar instituciones, que arrojen las proposiciones propias del enfoque (Narr y Schubert, 1994). El behavioralismo de orientación micro despreciado por los enfáticos es en el producto de alta calidad del enfoque que se volvió teoría, no puede entenderse por Almond, Verba, o Easton sin una anticipación sobre un concepto de sistema, que sobre todo en las teorías de sistemas con perspectiva internacional —como con Karl Deutsch—ya ha fijado un “sistema mundial comprimido”.

Ningún autor con una perspectiva más amplia ha empleado consideraciones teóricas de la acción y la regulación separadas de resultados de investigación sobre evolución de sistemas.

Matriz: enfoques de teoría y enfoques metodológicos de construcción de teoría



Fuente: von Beyme, 1996: 346.

En sí mismo el descrédito de teorías de la conducta en la *autopoiesis* ha llevado al menos a nuevos compromisos de teoría.

Una matriz de cuatro campos puede demostrar los puntos de contacto si los enunciados de teoría después de puntos de partida de teoría

de la conducta o teoría de sistemas son confrontados sobre el eje X con enfoques macro y micro sobre el eje Y.

Precisamente el ejemplo de la economía del mundo muestra el dilema de la elección subjetiva de una altura de enfoque: los autopoieticos deberían mantener la sociedad mundial para la unidad de sistemas primordial y manifestarse no obstante de manera elevada sobre la relación del nivel de sistemas territoriales fijos. Ellos no han trascendido esencialmente sobre la clasificación de los niveles de sistemas de la ONU hasta la política de comunidad, que Karl Deutsch una vez puso lado a lado, sólo, que ellos se preocuparon por su relación de interacción y penetración menos que un empírico de la política internacional. La sociedad del mundo de Luhmann tiene lugar en concreto sólo como exhortación de que las teorías de la regulación de todas formas no muy plausibles al lado de las restricciones, que los respectivos códigos especiales de sistemas parciales de intervención de fuera impusieron, no quisieran olvidarse, que para muchas decisiones ya estaría a disposición un nivel transnacional —como si los debates en el análisis de campos de la política desde Maastricht no hubieran avisado con suficiente énfasis sobre este problema—.

Entre los polos extremos, el behaviorismo ortodoxo (individuo) y la *autopoiesis* (evolución del sistema mundial) se mantuvieron muchas posiciones intermedias. A pesar de algunos debates sobre los niveles de los métodos se han implementado desde hace mucho las aproximaciones. Los behavioralistas de variante menos ortodoxa han buscado siempre niveles de sistema como punto de convergencia de muchas percepciones individuales y actitudes. Los científicos que surgieron de las construcciones de sistema frescas, como algunos cibernéticos, han llegado al límite en el análisis fáctico por instituciones más concretas, que en camino de su mecanismo de retroalimentación llamaron la atención. No se debe decaer de la posmoderna actitud de *anything goes*, para reconocer el principio de la modernidad clásica, “una disciplina, un método, una unidad analítica preferida”, como dogmatismo metódico, así como nosotros como ciudadanos del Estado y personas privadas nos hemos acostumbrado a la idea de renunciar: “un Estado”, “una religión”, una nación, una pareja para la vida, una pertenencia al partido, una pertenencia a una asociación: y todo para toda la vida.

La Ciencia Política requiere mucho más que la sociología, que convirtió en preguntas de método y teoría muchos modelos de politólogos, de la noción del actor. Él pertenece a los engaños necesarios de esta ciencia; como en la ciencia de la historia, desde el estructuralismo dog-

mático otra vez ha sido superado. La Ciencia Política está asentada por ello en los enfoques sobre la matriz en la mitad derecha. Ella tiende al lado de los actores, pero sostiene una mitad entre macro y micro nivel. Eso no significa libremente, que los tradicionalistas tengan razón, en expulsar de la materia enfoques individualistas de los behavioristas (conductistas), fijados sobre el nivel micro, como ocurrió de vez en cuando en los años cincuenta y sesenta, cuando en muchos países europeos (B. Crick, G. Sartori, W. Hennis) fueron quebradas “lanzas para la política”, para cerrar el pasaje de la sociología política en la ciudadela de la Ciencia Política.

Sólo ese grupo de eruditos tradicionales debió tomarse de corazón el veredicto de los autopoieticos, que aprobaron en “forma penetrante” una separación de la sociología. Sólo ellos exaltaron una demanda exagerada sobre la ciencia reina de la “política”, y la mantuvieron en una primacía de la política. La corriente dominante que de América había sido colonizada conductualmente (*behavioralistisch*), pensó en esas preguntas siempre de forma más diferenciada. Los especialistas organizaron sus paneles en la IPSA y en la *International Sociological Association* con igual integración. Lipset, Rokkan, Renate Mayntz y muchos otros tendrían la pregunta de si politólogos y sociólogos ni siquiera una vez estarían de acuerdo. Algunos de ellos —como Lipset o Bendix— fueron desplazados de departamentos de sociología y a través del enfoque etiquetado redefinidos como miembros de los departamentos de Ciencia Política. Esto no significó, sin embargo, un aislamiento de ambas materias social-científicas, sino más bien una orientación de sistema micro dogmática, la que los macro sociólogos ya habían contado como filosofía social fuera de la ciencia.

La mayoría de los teóricos de sistemas permanecieron resistentes frente a los cantos de las sirenas de un constructivismo radical. La inercia de Durkheim sobre el descubrimiento del “*fait social*” tiene un segundo cambio de paradigma de la teoría de sistemas que también en Luhmann sobrevivió en un primer momento. El que politólogos de orientación mesoteórica crean que sus conceptos también se encuentran en la realidad social, debe ser desestimado todavía como ingenuidad de la teoría del conocimiento. Pero también Luhmann aprobó largamente que sus sistemas existieron en la realidad y que no eran puros constructos. Desde 1990 parece volverse más débil, también en Luhmann, el levantamiento contra los enfoques constructivistas. En tanto los autopoieticos se convirtieron en reconocidos constructivistas, pudieron ellos sin embargo

tener menos objeciones en contra de introducir al “actor” bajo una “premisas como si”, después de que fue descubierta nuevamente la “filosofía del como si” en sentido de Vaihingers del posmodernismo. Controvertida sólo puede ser la pregunta, de acuerdo a qué criterio la suposición “como si” debería resultar útil. Los teóricos del actor argumentarán que el criterio debería ser el incremento de la obtención de conocimiento y de la capacidad de regulación de actores. Aquí los autopoieticos permanecerán escépticos. Al contrario los teóricos del actor de orientación empírica difícilmente se conformarán con el “efecto Cristo”, la revelación de una aparición discrepante, “provocar la pregunta aclaratoria en la propia perspectiva normalizada”. Comparar teoría con arte en la confrontación de la realidad usual, con otra versión de la propia realidad, permanece plausible en todos los casos hasta el final del arte aurático y objetivo (Luhmann, 1984). El arte postaurático moderno entra a escena más bien como construcción conocida de nuevas realidades de posibilidad. Me parece que la teoría requiere reglas de validez más rigurosas que el arte. En tanto no coincidan dos autopoieticos sobre cómo son comprobadas las relaciones de correspondencia entre diferentes reconstrucciones de realidad —si coinciden, habría menos diferencias de opinión entre Luhmann y Willke—, permanece esta concepción de teoría para los “hacedores” empíricos algo tan exacto como la hermenéutica. También a ellos nadie les debate que hace posible consideraciones heurísticas valiosas; falla sólo en la transmisibilidad subjetiva del conocimiento. Un autopoietico simplemente consideraría esto como una utopía del racionalismo clásico. Del dilema vendría sólo la indecisión sobre si él definió conocimiento como convención, o predicó inconmesurabilidad posmoderna y entonces por ello lucha, para que por cada teoría parcial susceptible de ser implementada se cree una cátedra de concordancia.

Los debates de teoría del conocimiento y metodológicos de la *grand theory* fueron para la mayoría de los politólogos sólo relevantes en la medida que se trataba de la pregunta: ¿es posible una teoría de la acción? Una pregunta que fue respondida de manera irreflexiva por los teóricos de mediano alcance. Aquí los años noventa trajeron importantes aproximaciones de las posiciones. También la escuela de Bielefeld comenzó a aburrirse con el verbalismo de los sistemas “cerrados pero en cierto sentido abiertos” (Teubner). Helmut Willke tuvo el mérito de resistir siempre de manera autónoma la ortodoxia. Willke había desencantado suficientemente el Estado para dedicarse otra vez sin prejuicios a las restantes posibilidades de acción. Etzioni fue descubierto de nuevo. Una

“sociedad activa” en su sentido debería ser un horror para cada auto-poietico ortodoxo. Los tipos de regulación social se han acercado desde hace tiempo a la formación de teorías de mediano alcance. Se ha adscrito a Willke —con razón— que más o menos mezcla a propósito niveles de sistemas y actores (Ulrich, 1994: 172). Esto pudo resultar difícil para Luhmann (1984: 579), quien considera ilusorio “concebir que los problemas de intercoordinación de diferentes sistemas de función societales... puedan solucionarse a través de un acento de los participantes”. Él no negaba que la intercoordinación con consecuencias existía; sólo dudaba que pudiera resolver los problemas.

No es ningún milagro que el espíritu de perplejidad de Niklas Luhmann (1993:54) se comenzara a hartar también por el infructuoso debate general. Negar la regulación le parecía absurdo, “porque ello significa negar lo que fácticamente sucede en considerable extensión” (ebd.: 55).

La regulación fue vista de nuevo como “el campo de actividad fundamental” de la política. El motivo de regulación surge a partir de la “politización” de una situación como un problema, en el que “algo debe suceder”. El tedio cambió en escapada hacia adelante: Luhmann ofreció a los teóricos de la regulación y de la acción ayuda de formulación, para que su posición obtuviera más sentido. Fue repasado lo que sucedió, cuando el análisis de la teoría de sistemas se transformó en teoría de la acción. Entonces proporcionó las investigaciones de objetivos, limitaciones dadas y consecuencias secundarias no perseguidas como diferenciaciones en el centro. Para Luhmann (1993: 60), con esta transformación simplemente no se gana nada porque, dependiendo de los horizontes de tiempo respectivos, las limitaciones y consecuencias secundarias tendrían mucho más peso que los objetivos mismos. La teoría de la planeación antigua quería llevar en cada caso a otra situación al sistema a través de la regulación todavía de afuera. La nueva teoría de la regulación se puede librar para Luhmann sólo difícilmente de esta mala costumbre de las teorías de la planeación antiguas. Cuando ella está hecha, se puede hablar sin embargo de regulación en caso de emergencia. Él mismo (1991: 143) prefirió más bien la expresión anglosajona *control*. En la regulación política se trata —de acuerdo a Herbert Simon— más bien de control de limitaciones y efectos secundarios como el objetivo.

También Luhmann ve una posibilidad de *compatibilización* de intervenciones de regulación en otros sistemas de función. Pero la reacción sobre el impulso de regulación se define a sí mismo. La esperanza de Willke y Teubner de aprovechar a través de la regulación de contexto

la sensibilidad autoorganizada de los sistemas de función, porque las “irritaciones”, cuando cada intento de intervención es aprehendida de afuera, desencadenan una búsqueda interna de soluciones a problemas, no fue compartida por él. El concepto no está para él en la situación de prever la transparencia de cadenas de causalidad y la pronosticabilidad de éxitos.

Cada teoría de interpenetración de antigua proveniencia parsoniana permanece sospechosa, también cuando ella se incorpora en el ropaje de terminología autopoietica. Luhmann (1992: 76) permaneció por una lógica de evolución sin objetivos. Con el llamado de batalla “nunca más la razón”, es rechazada cada arrogancia en conocimientos y capacidad de regulación. A pesar de estas posiciones fundamentales endurecidas permanecen destacadas las concesiones en teorías de la acción y la regulación como operación de la reducción de la diferencia para los investigadores empíricos, que sin estas difícilmente se entienden. El mensaje confortante de Bielefeld a los investigadores de la regulación rezaba: “Se pueden investigar algunas cosas en relación con consecuencias y consecuencias secundarias de regulación, sin desperdiciar un pensamiento en la *autopoiesis*” (Luhmann, 1990a: 144).

Extrañamente, Luhmann dio buenos consejos de acuerdo a una renovada filípica contra ilusiones de regulación a los políticos en la parte de la política, que está en más peligro de simular posibilidades de acción populista, esto es por los programas de los partidos. Los programas deberían restringirse a hacer públicas las fronteras de la regulación posible de la política estatal. Por ello es supuesto de alguna forma, que incluso sería posible con vagos programas de regulación de la conducta de los electores. Se podría sospechar que este concepto en todo caso tendría sentido para un partido pro disminución de impuestos como la Liga Lombarda o el Partido Progresista de Glistrup. Pero Luhmann no pudo interesarse por esos detalles. El convenio de coalición de 1994 comienza exactamente con estos pensamientos. Esto no impide simplemente hacer en lo sucesivo desde luego propuestas con costos incrementales que para nada estaban a la medida del liderazgo limitado.

A pesar de estas concesiones de Luhmann a los investigadores sociales de orientación de la acción, estos sólo pueden alegrarse limitadamente: los estudios sobre la regulación y la legislación en todos los niveles políticos debieron extraer de acuerdo a esa concepción no más que un fracaso predominante de las intenciones originales de los actores. ¿Cuánto fracaso debe esperar el empírico? El ejemplo de Luhmann

sobre la epidemia para regulación exitosa no fue elegido con fortuna. El Estado que aprobó directivas de vacunación está consciente que la autorregulación del sistema de salud bajó los grados de enfermedad y no los políticos. Pero en el ámbito en el que ocurre la dirección sobre regulación de la conducta del derecho, no es muy fácil de resolver el problema de traducción de regulación a autorregulación.

Un eclecticismo pragmático es caracterizado por los empíricos de orientación teórica: las nuevas teorías de regulación política se estrechan a una teoría colorida de prescripción de la acción política. Una teoría de la sociedad parece estar cada vez menos vinculada con el concepto de regulación. En este, sin embargo, está uno junto al otro la intervención del Estado, los procesos de negociación, los procesos de mercado y la formación espontánea de la estructura. También en los teóricos que se ubican en la construcción de sistema espontánea, como Beck (1993: 209), ha sido anulada una política reflexiva, cambiante de las reglas del sistema político como punto de referencia para la subpolítica de ninguna manera sin sustitución. Esto se basa sin embargo sólo en una pequeña parte en el establecimiento autoritativo de reglas a través de la regulación estatal.

La relación de teoría y método en los nuevos enfoques fue adicionalmente complicada a través de cuestionar el pensamiento causal de la modernidad clásica. En el tiempo de la popperización de la ciencia de orientación analítica —etiquetada por sus enemigos engañosos como “neopositivismo”— se convirtieron las supuestas más exactas ciencias naturales como un modelo de las ciencias sociales. El behavioralismo ha celebrado ya siempre sobre la psicología empírica este modelo; pareció necesitar la popperización en todo caso en el requerimiento que la ciencia debería trabajar con teorías deductivas. En el behavioralismo, que se separó de la dogmática del behavioralismo estricto, fue esta exigencia en parte colmada. Las teorías de sistemas funcionalistas se vincularon con los métodos behavioralistas.

Al final de la modernidad clásica se acumulan las voces de los científicos de la naturaleza que más bien vieron repetir figuras de pensamiento de las ciencias sociales como *caos y fluctuación*, también en la naturaleza. El peligro de que una anticuada versión de las ciencias naturales fuera copiada, creció. En la época de la transformación crece la preparación para operar con elementos de la teoría del caos, porque causalidad lineal e incluso las fluctuaciones escolásticas no pueden explicar más el proceso global. Mucho permanece reducido a la metáfora y a los macro fenómenos, aunque por la suficiente operacionalización sobre

muchos niveles se puede trabajar con supuestos de la teoría del caos. Nadie irá sin embargo tan lejos en el afán de la batalla que mantenga como obsoleta la causalidad lineal. Para los fenómenos diarios promedio son suficientes las posibilidades de intervención de causalidad lineal. El investigador, que para su resfriado fuera confortado por el médico con explicaciones circulares e indicios sobre una lógica no lineal, estará inclinado a cambiar de médico. El político, que con necesidades concretas de acción sólo se le ofrezcan teorías globales, cambiará al consejero científico, con razón.

Una respuesta sobre los nuevos desarrollos de las ciencias naturales fue la teoría de sistemas autopiética. Se incrementan las voces que dudan que los organismos por sí mismos operativamente sean completamente cerrados (Schwegler y Roth 1994). Hubo ya siempre más dudosos que creyentes en poder trasladar a las construcciones sociales el cuadro de unidad operativa, cuando fuera pues plausible en la naturaleza. Luhmann rechazó siempre de manera estricta el reproche del biologismo. Es indudable que metáforas biológicas sobre muchos niveles encontraron entrada en las teorías de las ciencias sociales, desde la investigación del nuevo nacionalismo hasta las teorías feministas. La biopolítica —otora un brazo alargado de la construcción de teoría behaviorista— fue ontologizada y se convirtió en un peligro para la autonomía de fenómenos sociales y políticos (Féher y Heller 1994). Incluso cuando el reproche del biologismo puede ser debilitado, —y puede hacerlo completamente seguro en la continuación del desarrollo de algunos autopiéticos como Teubner o Willke—, permanece la limitación constructivista sobre la mirada de la realidad teórico sistémica como una concretización de las categorías analíticas (Munch, 1994: 394).

Las pretensiones de capacidad de pronóstico y ayudas para la asesoría política no son precisamente corroboradas a través de estos nuevos desarrollos de la teoría. La asesoría política avanza por ello, pero con el precio de —con pocas excepciones— que la Ciencia Política deje la asesoría política a los juristas y a otras disciplinas. Mientras la disputa teórica continúa causando estragos, si nosotros poseemos más que *half knowledge*, y si este alcanza para el pronóstico y ayuda a la regulación en el sistema parcial de la política, continuará interviniendo, porque la élite política debe poner su capacidad de respuestas bajo evidencia. Aunque no todos los conocimientos sobre bosques muertos y agujeros de ozono parecen asegurados, son tratados políticamente con ayuda de científicos.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- ALEMANN, U. von, 1995, *Politikwissenschaftliche Methoden* [Métodos politológicos], Opladen, Westdeutscher Verlag.
- ALBERT, H., 1967, *Marktsoziologie und Entscheidungslogik* [Sociología del mercado y lógica de la decisión], Neuwied, Luchterhand.
- ANDREWS, G. (ed.), 1991, *Citizenship*, Londres, Lawrence & Wishar.
- ALMOND, G. A., 1988, "The Return to the State", *APSR*, 1988.
- BARNES, B., 1990, *Thomas Kuhn and Social Science*, Nueva York, Columbia University Press.
- BECK, U., 1986, *Risikogesellschaft* [Sociedad del riesgo], Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- BECK, U., 1993, *Die Erfindung des Politischen* [El descubrimiento de lo político], Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- BEYME, K. von, 1988, "Die deutsche Politikwissenschaft im internationalen Vergleich" ["La Ciencia Política alemana en comparación internacional"], en BEYME, K. von, *Der Vergleich in der Politikwissenschaft* [La comparación en la Ciencia Política], Múnich, Piper.
- , 1996, *Theorie der Politik im 20. Jahrhundert. Von der Moderne zur Postmoderne* [Teoría de la política en el siglo XX. De la modernidad a la posmodernidad], 3a. ed., Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- y OFFE, C. (eds.), 1996, *Politische Theorie in der Ära der Transformation* ["Teoría política en la era de la transformación"], Opladen, Westdeutscher Verlag.
- BLEEK, W. y LIETZMANN, H. (eds.), 1999, *Schulen der deutschen Politikwissenschaft* [Escuelas de la ciencia política alemana], Opladen, Leske & Budrich.
- BRAUN, D., 1999, *Theorien rationalen Handelns in der Politikwissenschaft* [Teorías de la acción racional en la Ciencia Política], Opladen, Leske & Budrich.
- CLARKE, P. B., 1994, *Citizenship*, Londres, Pluto Press.
- DOWNES, A., 1957, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper & Row.
- EASTON, D., 1981, "The Political Systems Besieged by the State", *Political Theory*, 1981.
- FALK, R., 1994, "The Making of Global Citizenship", en VAN STEENBERGEN, B. (ed.), *The Conditions of Citizenship*, Londres, Sage.
- FÉHER, F. y HELLER, A., 1994, *Biopolitics*, Aldershot, Avebury.

- FRIEDRICH, C. J. y BRZEZINSKI, Z., 1965, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- GALSTON, W., 1993, "Political Theory in the 1980s", en FINIFTER, A. (ed.), *Political Science. The State of the Discipline II*, Washington, American Political Science Association.
- GALTUNG, J., 1983, "Struktur, Kultur und intellektueller Stil" ["Estructura, cultura y estilo intelectual"], *Leviathan*, 1983.
- GOODIN, R., 1992, *Green Political Theory*, Cambridge, Polity.
- GOODIN, R. E. y KLINGEMANN, H.-D. (eds.), 1996, *A New Handbook of Political Science*, Oxford, Oxford University Press.
- GREEN, D. P. y Shapiro, I., 1994, *Pathologies of Rational Choice Theory*, New Haven, Yale University Press.
- GREVEN, M. Th. y Schmalz-Bruns, R. (eds.), *Politische Theorie-heute [Teoría política hoy]*, Baden Baden, Nomos.
- GUNNELL, J. G., 1983, "Political Theory: The Evaluation of a Subfield", en FINIFTER, A. W. (ed.), *Political Science. The State of the Discipline*, Washington, American Political Science Association, 3-46.
- HABERMAS, J., 1992, *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats [Facticidad y validez. Contribuciones a la teoría del discurso del derecho y del Estado democrático de Derecho]*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- HACKER, J., 1992, *Deutsche Irrtümer. Schönfärber und Helfershelfer der SED-Diktatur im Westen [Errores alemanes. Idealizadores y cómplices de la dictadura del SED en el oeste]*, Berlín, Ullstein.
- HARTMANN, J., 1997, *Wozu politische Theorie? [¿Para qué la teoría política?]*, Opladen, Westdeutscher Verlag.
- KLINGEMANN, H.-D. y FALTER, J.W., 1998, "Die deutsche Politikwissenschaft im Urteil der Fachvertreter" ["La Ciencia Política alemana en el juicio de los representantes de la disciplina"], en Greven, M. (ed.), 1998, *Demokratie-eine Kultur des Westens? 20. Wissenschaftlicher Kongress der Deutschen Vereinigung für Politische Wissenschaft [Democracia: ¿una cultura de occidente? Vigésimo Congreso Científico de la Asociación Alemana de Ciencia Política]*, Opladen, Leske & Budrich.
- KUHN, T., 1976, *Die Struktur wissenschaftlicher Revolutionen [La estructura de las revoluciones científicas]*, 2a. ed., Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- LALMAN, D., 1993, "Formal Rational Choice Theory. A Cumulative Science of Politics", en Finifter, A. (ed.), *Political Science. The State of the Discipline II*, Washington, American Political Science Association.

- LASWELL, H. D. y KAPLAN, Abraham A., 1950, *Power and Society. A Framework for Political Inquiry*, New Haven, Yale University Press.
- LIETZMANN, H. J. y BLEEK, W. (eds.), 1996, *Politikwissenschaft. Geschichte und Entwicklung* [Ciencia política. Historia y desarrollo], Múnich, Oldenburg.
- LUHMANN, N., 1984, *Soziale Systeme* [Sistemas sociales], Frankfurt del Meno, Suhrkamp.
- , 1990, *Soziologische Aufklärung 5. Konstruktivistische Perspektiven* [Explicación sociológica 5. Perspectivas constructivistas], Opladen, Westdeutscher Verlag.
- , 1990a, “Steuerung durch Recht?” [“¿Regulación a través del derecho?”], *Zeitschrift für Rechtssoziologie* [Revista de Sociología del Derecho].
- , 1992, *Betrachtungen der Moderne* [Reflexiones de la modernidad], Opladen, Westdeutscher Verlag.
- , 1993, “Politische Steuerungsfähigkeit eines Gemeinwesens” [“Capacidad de regulación política de una comunidad”], en GÖHNER, R. (ed.), *Die Gesellschaft für morgen* [La sociedad del mañana], Múnich, Piper.
- MARSHALL, T. H., 1991, *Citizenship and Social Class*, Londres, Pluto Press.
- McKAY, D., 1991, “Is European Political Science inferior or different from American Political Science?”, *EJPR*, 20.
- MILLER, D., 1990, “The Resurgence of Political Theory”, *Political Studies*, 1990.
- (ed.), 1991, *The Blackwell Encyclopedia of Political Thought*, Oxford, Blackwell.
- MÜNCH, R., 1994, *Politik und Nichtpolitik. Politische Steuerung als schöpferischer Prozess* [Política y no-política. Regulación política como proceso de creación], KZfSS 1994.
- NARR, W.-D., 1989, “Politische Theorie wofür? Anforderungen an politische Theorie heute. Gründe ihres weitreichenden Versagens. Ansätze, den Mangelstand zu überwinden” [“¿Teoría política para qué? Exigencias a la teoría política hoy. Razones de su amplio fracaso. Principios para superar la situación de carencia”], *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* [Revista Austriaca de Ciencia Política], 1989.
- NARR, W.-D. y NASCHOLD, F., 1996, *Einführung in die moderne politische Theorie* [Introducción a la teoría política moderna], Stuttgart, Kohlhammer, 3 vols., 1969-1971.
- NARR, W.-D. y SCHUBERT, A., 1994, *Weltökonomie. Die Misere der Politik* [“Economía mundial. La miseria de la política”], Frankfurt del Meno, Suhrkamp.

- OPP, K-D. y WIPPLER, R. (eds.), 1990, *Empirischer Theorievergleich* [Comparación teórica empírica], Opladen, Westdeutscher Verlag.
- ORDESHOOK, P. C., 1992, *A Political Theory Primer*, Nueva York, Routledge.
- PARSONS, T. y SHILS, E., 1954, *Toward a General Theory of Action*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- RIKER, W. y ORDESHOOK, P.C., 1983, *An Introduction to Positive Political Theory*, Englewood Cliffs, Prentice Hall.
- SABINE, G., 1969, “What is political Theory?”, en GOULD, J. A. y THURSBY, V.V. (eds.), *Contemporary Political Thought*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
- SCHWEGLER, H. y ROTH, G., 1992, “Steuerung, Steuerbarkeit und Steuerungsfähigkeit komplexer Systeme” [“Regulación, regulabilidad y capacidad de regulación en sistemas complejos”], en BUSSHOFF, H. (ed.), 1992, *Politische Steuerung* [Regulación política], Baden-Baden, Nomos.
- TURNER, B. S., 1994, “Postmodern Cultur/Modern Citizens”, en B. VAN STEENBERGEN (ed.). *Conditions of Citizenship*, Londres, Sage.
- URLICH, G., 1994, *Politische Steuerung. Staatliche Intervention aus systemtheoretischer Sicht* [Regulación política. Intervención estatal desde una perspectiva teórico-sistémica], Opladen, Leske & Budrich.
- VOGEL, U. y MORAN, M. (eds.), 1991, *The Frontiers of Citizenship*, Londres, Macmillan.
- WAGNER, P. y WITROCK, B., 1993, *Social Sciences and Societal Development. The missing perspective*, Berlín, Science Center.
- WALZER, M., 1990, “The Communitarian Critique of Liberalism”, *Political Theory*.
- WILLKE, H., 1983, *Entzauberung des Staates. Überlegungen zu einer sozietaalen Steuerungstheorie* [Desencantamiento del Estado. Reflexiones sobre una teoría de la regulación societal], Königstein, Athenäum.
- YOUNG, I. M., 1990, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton University Press.